

# Fuera de VALIJA

LA DISPUTA SOBRE LOS  
VERDUGOS 16 Nov.

46

O es demasiado tarde, creo yo, para comentar todavía algo relativo a las ejecuciones de Nuremberg. Estas cosas de la muerte son eternas y, por lo tanto, no pierden su actualidad.

Habíamos, pues, de la disputa anglo-panamá sobre las ejecuciones de Nuremberg, o, mejor dicho, sobre los verdugos. ¿Por qué actuó en Nuremberg el verdugo norteamericano? ¿Por qué no actuó el verdugo británico? ¿Quién es mejor verdugo: el sargento Woods o el "joven Alber"?

El asunto ha sido comentado en la prensa mundial y de él nos han dado noticias las agencias informativas. Pero creo que *fue mal planteado*, como si se tratara de una simple disputa o competencia profesional entre los dos verdugos, cuando en realidad encierra una de las más graves cuestiones de nuestro tiempo y simboliza nada menos que la lucha entre dos mundos, entre dos civilizaciones, entre dos concepciones de vida y de muerte. De muerte en la hora, por lo menos.

Antes de cumplirse la sentencia de Nuremberg se creía generalmente que el encargado de ejecutarla sería el veterano verdugo británico Albert Pierrepont, llamado el "joven Alber", no por serlo, pues es ya de venerable y avanzada edad, sino por distinguirle de su tío y antecesor, el viejo Thomas Pierrepont, "ejecutor inglés".

El veterano joven Pierrepont se había hecho ya la ilusión de ser el quien colgaría a los nazis de Nuremberg. Después de ejecutar en Gran Bretaña a Lord Haw-Haw y al hijo del ministro conservador Amery y a otros personajes distinguidos, había ido a Viena y a otras ciudades europeas en viaje profesional, siendo ahorcados por aquí, por allá, cinco un poco más lejos... En todas partes había dejado acreditado lo que una revista llama "la progresiva Pierrepont system", para colgar fundamentalmente a un semejante, frente a los "conservative methods" empleados en la vieja Europa continental.

El viejo "joven Alber" pensaba terminar brillantemente su carrera en Nuremberg, y, después de ahorcar a los jefes nazis, renacer a vista de las grancias de la taberna que ha comprado con el evocador título de: "El descanso del viejo luchador", a repetir en su casita de campo de Lasselsdorf, entre rosales, gallinas y pollitos. Al verdugo británico brindábale así sus viejas días una existencia conspicua, política y honorable. Magnífica taberna del verdugo, con una vieja muestra pintada y colgada sobre la puerta: taberna ideal para los que beben porque están harto de la vida y se la beben a tragos fardidales taberna de septuagenarios, sacrificantes, prestantistas, poetas malditos, rateros y parricidas; viscosa taberna folclórica y romántica, soñadora y sentimental, melodramática y bárdica...

Cuando más ilusionado estaba con todo ello el verdugo británico, el tribunal de Nuremberg prescindió de él. Y llamó al sargento Woods, de Texas, verdugo norteamericano. Todos hemos visto las fotografías del sargento Woods templando los nudos de la cuerda de ahorcar. Hay en el algo de bestial de toco, de verdugo vulgar, o de oficinista vulgar, o de tendero vulgar.

A mi lado, el verdugo británico debe parcer, sin duda, un noble gentleman, un viejo lord de la época victoriana.

El sargento Woods desmochó a los diez nazis con un sentido deportivo, de campeonato, de producción en serie, que es, en el fondo, el que corresponde al verdugo de un país joven y trepidante como el suyo. ¡Lamentable error inmediatamente despatinado! escribió un articulo periodístico, que han publicado importantes diarios del mundo (listo hace pensar al periodista desorientado que resulta más fácil publicar artículos en los periódicos importantes siendo verdugo que siendo periodista: pero de esto hablaremos en otra ocasión). El sargento Woods escribe en dicho artículo que lleva ahorcadas a 342 personas, que en Nuremberg todo salió a la perfección, que lamentable que se le hubiera escapado Goering, que no estuvo nervioso durante su faena, que todo lo hizo con mucho gusto y que ajustó a los diez hombres en ciento tres minutos. "A eso le llamó yo trabajar aprisa", escribe nuevamente improvisado compañero en la prensa. Esas palabras revelan su corta y lamentable concepción de velocidad, de prisa, de campeonato, de producción en serie, de ejecución en cadena, de Taylorismo, de jardinería, de standardización y de sensacionalismo periodístico.

Pronto, sin embargo, se descubrió que el trabajo del sargento Woods había sido torpe, defectuoso, precipitado, artístico, carente, en fin, de ese amor al oficio que caracteriza las obras perfectas de la artesanía y que, sin duda, posee el verdugo británico. Los diez nazis de Nuremberg fueron ejecutados a granvel, todos con la misma longitud de cuerda y el mismo modo corredizo, calculando mal el verdugo el golpe de la caída y el paso por la trampa, en cuyo bordo trencaron los ahorcamientos, rompiéndole así las nueras. ¡Una verdadera calamidad! ¡Un posible buen trabajo roto a pedazos! ¡Una gran oportunidad frustrada!

Al saberlo este, se volvieron todas las miradas hacia el veterano verdugo británico, encantado de su oficio, que sabe que cada ahorcado necesita un largo de cuerda distinto, un modo diferente, una caída sui generis, un trazo especial, todo lo cual es el secreto de la buena artesanía. El viejo "joven Alber" —ha dicho su corresponsal— ahora ahorca a nadie sin contemplarlo antes bien, midiendo individualmente su estatura, calculando su peso, para procurar al reo una muerte perfecta, elaborada a mano, hecha a medida, una muerte, en definitiva, que honre y acerde a un buen verdugo. "Este no —piensa, por ejemplo— Pierrepont, frente a su futuro cliente— necesita ovas y dos palmas de cuerda". Tal inspección ocular puede acaso resultar, de momento, algo enojosa para el fútnido ahorcado, pero esto debe comprender que, a la larga, es por su bien.

Todo esto quiere decir que las oficinas no se improvisan. Necesitan su historia, su tradición. No es lo mismo ahorcar a un semejante —o a un nazi, que no es un semejante— que montar platas de auto en una "cadena" industrial. No es igual trabajar a conciencia, como un viejo artesano de la edad media, que trabajan mecánicamente en un banco, en serie, como un "robot". El verdugo inglés es un buen verdugo porque inmediatamente tiene, en ese sentido, una

A.P.C.E.  
SIG: A.25 | 1239

dusbre tradición, un glorioso aprendizaje histórico. No se inventa una tradición, es decir, no se improvisa un verdugo.

El tribunal de Nuremberg debió saber que tener un verdugo inglés es como tener un abrigo inglés o un sombrero hongo inglés: esto es, tener el mejor verdugo, el mejor abrigo y el mejor sombrero hongo del mundo; un verdugo sólido y resistente, que no se estropea con la lluvia, ni se roza por los dedos, ni se abre por las costuras, ni se abolla con los golpes; un verdugo, como quiera dice, para toda la vida —que en este caso, es para toda la muerte— y que, después de muchos años de uso, pasa de padres a hijos y siempre está como nuevo.

Recuerdo que en una visita que hice a Londres en la primavera del año 28, pasando por el viejo Templo, hoy destruido por las bombas, el que en la oscura capilla cantaban monotonamente unos caballeros. «Son los abogados —me explicaron— que están ensayando los salmos que han de entonar en la fiesta religiosa de su corporación que se celebrará por las nacidades». Es decir, los abogados se pasaban todo el año ensayando sus salmos y metates, y cuando llegaba su fiesta, los cantaban que era una maravilla. Eran unos salmos y metates perfectos, trabajados pacientemente, con espíritu de viejo gremio medieval, de hermandad de oficio, de fraternidad corporativa, de guilda.

Qué diferencia con el trabajo mecánico, metanizado, del obrero que no es sino una pieza más en la cadena sin fin! Pues ocurre lo mismo con los salmos de los abogados que con las ejecuciones realizadas por los verdugos. Y de ahí que esta duda en torno de las ejecuciones de Nuremberg simbolice ese transcendental planteo a que me refería antes, entre dos mundos, entre dos civilizaciones, entre dos conceptos de vida y de muerte.

La polémica no puede, en ningún caso, dejarnos indiferentes, porque, en el fondo, nosotros pertenecemos a la vieja Europa, cuyo prestigio profesional, gremial, y su amor al oficio y al trabajo bien hecho, están ahora en juego. Además, una vez demostrada la superioridad del "joven Alber" como verdugo, creemos que cuando llegue la hora de ahorcar a Franco, debe encargarse de ejecutar ese gran acto justiciero el verdugo británico, para hacer un trabajo a conciencia, un trabajo perfecto y bien acabado; un trabajo de verdugo que sabe su oficio, de verdugo con tradición, de verdugo de encargo. Que a ese fin manden los ingleses su verdugo a España para colgar a Franco sería justa reparación que, desde los felices tiempos de señor Neville Chamberlain, nos dejen muchos ingleses importantes, entre los cuales no olvido a nuestro viejo conocido sir Alexander Cadogan.

EL VALLERO

ación del 29

nto a la gene